

A propósito del Sínodo de los obispos para América/

Mons. José Dammert B.

INTRODUCCION

El Sínodo se presenta como una importante oportunidad para examinar la situación de las Iglesias del continente y del Caribe con vistas a encontrar los mejores caminos para el anuncio del Evangelio. Las iglesias convocadas para este sínodo congregan más de la mitad de todos los fieles de la Iglesia Católica.

Vaticano II dio un fuerte impulso a la presencia de la Iglesia en el mundo de hoy. En América Latina y el Caribe existe la conciencia de haber comenzado, desde hace unos años, a abrir nuevas perspectivas en la tarea evangelizadora. Los episcopados de Estados Unidos y Canadá han estudiado en conocidos textos los retos que se presentan hoy a la comunicación del mensaje cristiano. El llamado de Juan Pablo II a emprender una nueva evangelización ha adquirido mayor urgencia en nuestros días.

La Iglesia se prepara para el año 2000 de la Encarnación de Dios en la historia, ocasión magnífica para celebrar y agradecer su venida entre nosotros en rostro humano y para descubrir su presencia en cada rostro humano de hoy. Ocasión también para la proclamación gozosa de nuestra fe trinitaria en un Dios que nos expresa su amor salvífico enviándonos a su Hijo y asistiéndonos con la inspiración del Espíritu Santo.

La evangelización, muy concretamente la nueva evangelización, debería, en consecuencia, ser el tema central de este Sínodo. Esto implica, de acuerdo con la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (TMA) y los Lineamenta (LIN), tomar en consideración algunos puntos cuya profundización nos permitirá precisar los caminos de esa nueva evangelización.

- 1) La relación Norte-Sur.
- 2) La globalidad y profundidad del reto de la pobreza.
- 3) El hoy de la salvación.
- 4) La identidad cristiana.

1) LA RELACION NORTE-SUR

Una de las finalidades que asignan los *Lineamenta* al Sínodo es "incrementar la solidaridad entre las diversas Iglesias particulares en los distintos campos de la acción pastoral" (n. 2).

a) Sin duda una peculiaridad de esta asamblea es el encuentro entre Iglesias presentes unas en países ricos y otras en países pobres. Esto no se daría en ningún otro continente. Se trata de países que han entrado desde hace más de un siglo (y aún antes) en una estrecha relación -muchas veces de dominación y dependencia- económica, política y cultural. Y, en los últimos tiempos, también pastoral a través de una creciente inmigración de Sur a Norte y del intercambio de numerosos misioneros. Perder o diluir esta relación, y sus consecuencias, nos haría caer en afirmaciones generales y abstractas.

Cuando aún subsistía la oposición Este-Oeste, Juan Pablo II recordaba la confrontación Norte-Sur. Hoy que la primera se ha desdibujado, la segunda adquiere mayor vigencia. El Sínodo tiene además lugar en el momento en que la brecha entre el Norte rico y el Sur pobre se ha acrecentado (cfr. informes de organismos internacionales). Se trata pues de un encuentro entre cristianos de dos mundos que se alejan cada vez más el uno del otro. Distancia no sólo en el plano de la economía, sino también (cfr. Juan Pablo II, *Centésimus Annus*) en el del conocimiento, hecho que está llevando a la constitución de dos clases de seres humanos.

El Papa ha hecho ver los alcances de esta situación para la vida cristiana. Un discurso que pronunció en Canadá (17/9/84) debería ser trabajado en su integridad y de modo particular en el Sínodo. En dicho texto, aludiendo a Mateo, cap. 25, decía: "a la luz de las palabras de Cristo, este Sur pobre juzgará al opulento Norte". Los obispos de ambas partes del mundo deben decir su palabra ante este juicio que el Papa prevé con un razonamiento que ha de tomarse seriamente en cuenta.

No puede olvidarse tampoco el hecho inhumano y antievangélico de que, al interior de los países pobres, se reproduce la creciente brecha que separa a una inmensa mayoría pauperizada de una minoría que concentra la mayor parte de los recursos nacionales.

b) El asunto no se limita, por tanto, a la ayuda que un mundo rico debe prestar a los pobres. La relación Norte-Sur en el contexto del continente americano tiene muchos otros aspectos. El papel, por ejemplo, de las grandes corporaciones, que se apoyan en Canadá y Estados Unidos, en la economía

de los países latinoamericanos y en la pobreza que se vive en ellos. La intervención política, no únicamente en el pasado, de los países poderosos en las naciones de América Latina en materia de justicia, derechos humanos, régimen político (apoyo a dictaduras), problemas poblacionales y en otros campos como: producción y consumo de drogas, corrupción desenfrenada, conflictos y carrera armamentista. La presencia, proveniente del Norte igualmente, en el terreno ideológico (neoliberalismo, etc.) y cultural. Todo ello marca la vida cotidiana de las personas y, por consiguiente, el modo de entender y vivir su fe.

La cuestión de la población latinoamericana en los Estados Unidos y Canadá debe también ser materia de análisis. El hecho tiene una repercusión importante desde el punto de vista económico para las débiles economías latinoamericanas, debido a las remesas que llegan de los trabajadores en el Norte. Además, esa presencia tiene sus propios problemas: inmigración legal e ilegal, racismo, atención pastoral, etc.

La ayuda de las Iglesias de los países ricos a las naciones pobres, debería ser repensada en función de los puntos anotados. Y de otros más como la presencia de sectas y grupos religiosos fundamentalistas que deterioran sensiblemente los avances en las relaciones ecuménicas entre las iglesias cristianas.

2) EL RETO DE LA POBREZA

Otra de las finalidades asignadas al Sínodo es la de "iluminar los problemas de la justicia y las relaciones económicas entre las naciones de América, considerando las enormes desigualdades entre el Norte, el Centro y el Sur" (LIN. n. 2).

a) Las conferencias episcopales latinoamericanas vieron en la inhumana y cada vez mayor pobreza de nuestros países el gran reto a la evangelización y un desafío capital para la acción pastoral de la Iglesia. Importantes documentos de los obispos de Canadá y Estados Unidos han tratado de la responsabilidad que cabe a sus países frente a la pobreza en el mundo.

Una dimensión obvia de la pobreza es la económica y ella debe estar presente en las labores del Sínodo. Pero el reto al anuncio del Evangelio se comprende mejor si se percibe la complejidad de la pobreza. Ella representa un problema humano global. Significa, en última instancia, la muerte temprana e injusta de millones de seres humanos. La pobreza, la marginación, la exclusión de tantas personas van más allá de lo que se acostumbraba llamar "un problema social". Además del aspecto económico es necesario tener en cuenta las cuestiones sociales, culturales y de género. Todo ello concurre a hacer del pobre un "insignificante" en nuestras sociedades.

b) La pobreza, la marginación y la exclusión corroen la identidad personal y nacional de nuestros pueblos e impiden su integración.

En ambas partes del continente los pueblos indígenas, la reivindicación de las mujeres, la afirmación de la población negra se han hecho presentes. Se trata de sectores humanos agobiados por carencias económicas, pero también -y de modo apremiante- por otras marginaciones. No se puede por una u otra cuestión anecdótica, prescindir del valioso y valeroso esfuerzo por afirmar la dignidad humana de toda persona que se expresa en estos hechos.

c) No es posible hoy tratar de esos temas sin referirnos a las causas de la situación. Las conferencias episcopales latinoamericanas han sido claras al respecto y esto fue sin duda uno de sus mayores aportes. En ese contexto el papel devastador que juega el liberalismo económico en la pobreza tanto en el Sur como en el Norte del continente debe merecer una consideración especial. Cada vez es más patente que una de las causas de la pobreza radica en un sistema que produce pobres.

d) En todo esto la perspectiva debe ser la de la opción preferencial por el pobre. Lanzada, en nuestro tiempo, por la vida y la reflexión de la Iglesia de América Latina, hoy está presente en el magisterio universal de la Iglesia. Los obispos norteamericanos se hicieron eco, explícitamente, de ella cuando afirmaban en una notable carta pastoral: "si la sociedad va a lograr la justicia para todos, hay que reconocer la *prioridad* de las reivindicaciones de los marginados y de aquellos cuyos derechos son negados" (*Justicia económica para todos* (1986) n. 87). La pobreza, en el fondo, afecta la credibilidad de la fe cristiana.

No obstante, aquí también es necesario recordar que la opción preferencial por el pobre no es solamente una opción de orden social. Su fundamento bíblico y teológico nos hace ver que es ante todo un criterio de discernimiento de la vida de un creyente. Es un principio importante en la reflexión teológica, en el anuncio del Evangelio y en la espiritualidad. Basándose en Mateo, Puebla y Santo Domingo nos han recordado que debemos descubrir el rostro de Cristo en los rostros de los más pobres. El encuentro con Cristo es el que nos permitirá entrar en comunión con el Padre. En definitiva la opción preferencial por el pobre es una exigencia evangélica y, en consecuencia, un camino de vida para todos.

3) EL HOY DE LA SALVACION

Partiendo de la TMA, los *Lineamenta* apelan al evangelio de Lucas para iluminar los trabajos del Sínodo. La TMA hace ver la riqueza de ese evangelio para comprender el tema del jubileo; los *Lineamenta* lo ligan al "camino salvador y evangelizador" (n. 7) que deben seguir nuestras iglesias. Rescatemos dos grandes temas de Lucas: el HOY y el CAMINO. Hoy se debe hacer presente el anuncio de la salvación, y el camino señala en primer lugar la referencia a Cristo (su estilo, sus opciones: él es el camino) y el dinamismo

que, según Lucas, imprime a la Iglesia que debe llegar al “último rincón del mundo”, es decir, a todo ser humano. “El hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo” (RH 14).

a) Tomar a Lucas como modelo implicaría replantearse el paralelo con la Iglesia de Lucas, una Iglesia de segunda generación, que vive en un mundo nuevo en el que trata de comunicar la Buena noticia. Su evangelio se mueve entre la fidelidad a las raíces que son fundamentales y la apertura creativa a lo nuevo, sobre todo cuando debe recorrer el camino que lo acerca a las personas no pertenecientes al mundo judío. Se trata de una fidelidad dinámica, que supera barreras y acorta distancias, no hecha de una vez para siempre mirando al pasado. Es una fidelidad que se va haciendo a medida que se recorre el camino.

b) Como es sabido Lucas insiste en el HOY de nuestra fe. “Toda la Iglesia en América debe tomar conciencia de la densidad salvífica, el <hoy> de salvación, y del <hoy> del compromiso evangelizador”, dicen los *Lineamenta* (n. 9). Tener en cuenta el HOY, como diría Pablo VI, es tener en cuenta “la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre. Precisamente por eso la evangelización lleva consigo un mensaje explícito, sobre los derechos y deberes de toda persona humana... un mensaje especialmente vigoroso en nuestros días sobre la liberación” (EN 29, ver también EN 30).

El mejor modelo lo tenemos en lo que el Papa llama “el programa mesiánico” de Cristo basado en el texto de Lucas 4, 18s. Tres rasgos se nos presentan muy claros que podrían ser muy bien la base de “nuestro Programa mesiánico y evangelizador”: la buena noticia a los pobres, la libertad de todo tipo de esclavitud y de opresión y el año de gracia con su secuela de perdón de las deudas.

* La Buena noticia a los pobres debe ser la columna vertebral de la nueva evangelización por fidelidad al camino de Cristo y por fidelidad a nuestro hoy en el que debemos reconocer la presencia de Cristo en nuestra historia.

Precisamente, cuando la Iglesia latinoamericana toma conciencia de la pobreza del continente (mayoritariamente cristiano) siente la presencia escandalosa y anticristiana de este flagelo que afecta a sus hijos. Y entonces ve su tarea evangelizadora como dirigida especialmente a los pobres, habla de “nueva evangelización” tanto en el documento preparatorio de Medellín como en la introducción a sus textos. Ahondar en la perspectiva de Lucas daría envergadura al tema del Sínodo y pondría en valor sus fundamentos bíblicos y cristológicos.

* Por otro lado, el pasaje lucano nos recuerda que el mensaje de Jesús es un mensaje de libertad y liberación. Liberación a los cautivos, vista a los ciegos (que significa liberar a los presos que no veían la luz) y libertad a los oprimidos nos hablan de la necesidad de eliminar todo aquello que impide a las personas y a los hijos de Dios vivir con plenitud, de acuerdo a la

voluntad de Dios. La liberación de todo lo que dificulta el ser persona es constitutiva de la Buena Noticia y de la fidelidad a Jesús.

* Una buena manera de hacer concreta esa buena noticia liberadora sería asumir, como Iglesia, “el año de gracia del Señor”, ya que “<año de gracia del Señor> es una característica de la actividad de Jesús y no sólo la definición cronológica de un cierto aniversario” (TMA 11). Respecto a ese año de gracia en que se hace visible sacramentalmente la salvación, el Papa sugiere tres aspectos muy importantes:

- la actualidad de la *opción preferencial por los pobres*,

- la exigencia para los creyentes de hacerse *voz de todos los pobres del mundo*

- y asumir la concientización para una posible *condonación de la deuda* (cfr.

TMA 51).

Este último punto debería ser una cuestión central en el Sínodo. Es un modo de vivir hoy “al año de gracia”.

4) CONCLUSION: LA IDENTIDAD CRISTIANA

Para el año 2000, debemos repensar nuestra identidad y examinar nuestra fidelidad.

a) Ser o no ser, ese es nuestro dilema. Son los hechos los que demuestran lo que somos. Nuestras opciones y tareas comunes expresan una identidad común que brota de la fe. En nuestras obras se revela el Dios en quien creemos (como Cristo en Mt. 11, 25 y Lc. 7, 22). ¿Es el Dios de Cristo el que revelamos y su preocupación por el hombre y su deseo de salvar? Aquí entraría un buen examen de conciencia de lo que hemos hecho en el pasado que no ha revelado el rostro de Dios ni salvado al hombre (es tema recurrente en TMA 33.35.36). El sistema de valores vigentes en nuestra sociedad “cristiana” que crea pobres y los margina como insignificantes, ¿no está en abierta contradicción con la fe en el Dios de Cristo que “escogió a los que son pobres a los ojos del mundo para que fueran ricos de fe y herederos del Reino” (Sant. 2,5)? Dios no envió a su Hijo para condenar sino para salvar (cfr. Jn. 3, 16s). Como Iglesia ¿no hemos excluido ni condenado, ni nos hemos condenado unos a otros en nombre de Dios?

b) Según la TMA la originalidad por la que el cristiano se distingue de otras religiones es por creer en el Dios que busca al ser humano (y el aniversario de la encarnación lo pone en primer plano). Busca porque ama para salvar (TMA 6-7). ¿Somos continuadores de esa búsqueda y esa preocupación de nuestro Dios?

c) Testigos privilegiados de esa fidelidad a Dios en la búsqueda de la salvación del hombre han sido *nuestros mártires*, procedentes de diferentes regiones (norte y sur). Ellos han sellado con la entrega de sus vidas la fidelidad a Dios y a su voluntad. No olvidamos que entre dichos testigos se encuentran cristianos nacidos en los países del norte y “el testimonio

ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, como revelaba ya Pablo VI en la homilía de la canonización de los mártires ugandeses" (TMA 37). A esta nube de testigos debemos mirar y en ellos reconocer al "testigo fiel" (Ap. 1,5) por excelencia, al "pionero de la fe" (Heb. 12, 2) que nos alienta a recorrer su mismo camino. También para nosotros, como para Cristo, la fidelidad al Padre pasa por la entrega y el servicio al hermano (Heb. 2, 10s y Mt. 25).

d) Para poder sintonizar con ese Dios y expresar en nuestras vidas esa su voluntad de salvar, debemos cultivar una exigencia de conversión, dejarnos transformar desde dentro por el poder del Espíritu que nos hace hijos como el Hijo y nos unge para servir al Padre en la salvación de los hermanos. Será el Espíritu de Dios el que afine nuestra sensibilidad ante todo lo que ofende la dignidad de los hijos de Dios o los impide ser personas. Es decir, necesitamos una fuerte dosis de *espiritualidad* y de santidad. Ser más como Dios y reflejar la sensibilidad y la preocupación de Dios en nuestras vidas. El Sínodo será una magnífica ocasión de preparación para el Jubileo del 2,000. "Es necesario destacar el carácter claramente cristológico del Jubileo, que celebrará la encarnación y la venida al mundo del Hijo de Dios, misterio de salvación para todo el género humano" (TMA 40). Por ello, los seguidores de "Jesucristo, único salvador del mundo, ayer, hoy y siempre" (TMA 40) deberíamos reflejar en nuestras vidas, como El lo hizo, la pasión por el Padre y su voluntad de salvar y la pasión por el ser humano llamado a ser hijo en el Hijo, hecho hermano de todos (Heb. 2, 18).

Entrar en la dinámica del Padre, como Cristo lo hizo, es entrar en la lógica de la gracia y de la gratuidad que ama y se da sin medida.

Lima, 18 de noviembre de 1996